

ANGELI NOVI

Prácticas evangelizadoras, representaciones artísticas y construcciones del catolicismo en América (Siglos XVII-XX)

Fernando Armas Asín

Editor

Capítulo 1



Pontificia Universidad Católica del Perú

Fondo Editorial 2004

Primera edición: febrero 2004

Angeli Novi
Prácticas evangelizadoras, representaciones artísticas y
construcciones del catolicismo en América
(Siglos XVII-XX)

Carátula: Edgar Thays

Copyright © 2004 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
Plaza Francia 1164, Lima
Telefax: 330-7410
Teléfono: 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052004-0953

Derechos reservados
ISBN: 9972-42-623-8

Impreso en Perú - Printed in Peru

Jesuitas y franciscanos en la sierra del Nayarit durante el siglo XVIII

Alida Genoveva Moreno Martínez
Universidad Veracruzana/ Universidad de Guadalajara, México

En ocasiones es lícito, conveniente y edificante que el monarca católico obligue con amenazas o miedo a los paganos a abrazar la fe; y en otras, en cambio, aunque fuere lícito no conviene, ni es edificante.¹

Introducción

La evangelización y la pacificación son dos constantes que acompañan al proceso de exploración de los territorios del norte de la Nueva España. La conversión de los indios infieles a la religión católica fue una de las mayores preocupaciones de la Corona; los grupos que poblaron las tierras del norte constituyeron un reto para las órdenes religiosas y la administración colonial. Sus costumbres, su modo de vida y el perfecto conocimiento de la geografía que habitaban, sirvieron para mantenerlos, durante largo tiempo, al margen del control novohispano. A diferencia de la población indígena del centro y sur, los indios del norte vivían en pequeñas comunidades o rancherías dispersas entre las barrancas y montañas, y su carácter indómito y libre hizo que los frailes pusieran en práctica diversas estrategias para acercarse a ellos.

Este trabajo analiza una parte de esta problemática, las misiones de la Sierra del Nayarit durante el siglo XVIII, bajo la administración de dos grupos: la orden de los jesuitas y la de los franciscanos.² La investigación se ha dividido en tres partes: en la primera se hace énfasis en la importancia del paisaje y la geografía de la Sierra del Nayarit, como factores determinantes para su conquista tardía; en la segunda, la presencia franciscana y jesuita en la sierra, las misiones que fundaron y sus intentos por permanecer en ella; finalmente, se concluye con algunas de las estrategias de pacificación y evangelización que utilizaron entre los grupos de nayaritas.

¹ FOCHER Juan. O.F.M., *Itinerario del misionero en América*. Madrid: Librería General Victoriano Suárez, 1960, parte I, cap. VIII, p. 81.

² Un análisis más detallado sobre la provincia de San José del Nayarit, se expone en el estudio de la autora: *La guerra de los indios gentiles, apóstatas y rebeldes en la Provincia de San José de Nayarit en el siglo XVIII*. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1998 (Tesis de Magister).

La Sierra del Nayar

La Sierra Madre Occidental, en su porción conocida como la Sierra del Nayarit, es con sus más de dos mil metros de altura, sus profundas barrancas y estrechos cañones, el marco donde se lleva a cabo esta investigación.³ La Sierra del Nayarit es un macizo montañoso delimitado al norte por el estado de Durango, al este por el río Bolaños, al sur por el río Jerez en su desembocadura con el Santiago, y al oeste por las llanuras bajas el río San Pedro.

La Sierra comienza a los 1100 metros y se eleva hasta los dos mil metros, se caracteriza por la presencia de bosques de robles, pinos y cedros; se distingue por «el aspecto exagerado que le dan las irregularidades de su suelo, no son más que sitios abruptos y casi inaccesibles, barrancas generalmente estrechas y muy profundas que dividen una meseta central de dos mil metros de altitud».⁴

La Sierra del Nayar, de acuerdo con los grupos indígenas que se asentaron en ella, puede dividirse en la sierra de los Coras y la sierra de los Huicholes. Separados por el valle del río Jesús María, conocido como río Nayar o Cora, el más importante de la sierra y que desemboca en el río Santiago después de haberse reunido con el río Chapalagana o Huichol.

Durante la época colonial, la Sierra del Nayarit dependió administrativamente del Nuevo Reino de Toledo o Nayarit.⁵ A lo largo de este tiempo, se realizaron varios intentos por conquistar y evangelizar a los indios de este lugar. Por ejemplo, en 1604 el fraile Francisco de Barrios viajó por la sierra durante treinta días, saliendo de Guainamota con cuatro indios amigos, al tercer día de su recorrido se encontraron con los coras. De este encuentro, el fraile anotó que:

Es gente toda esta cora dócil, amorosa, diligente, trabajadora, no espantadiza como esta brutal guainamoteca; muy aficionada a españoles, sino que dicen que no entren en sus tierras. Son bien agestados, comedidos, que no hay necesidad que se les mande la cosa; que viendo hay necesidad de hacerse, ellos se lo miden.⁶

³ También se le conoce con el nombre de Sierra de Alica, Sierra de Tepic, o adquiere el nombre de los grupos indígenas que la habitan como Sierra de los Coras o Sierra de los Huicholes. DIGUET, León. *Por tierras occidentales. Entre sierras y barrancas*. México: INI/CEMCA, 1992, p. 55.

⁴ *Ibidem*, pp. 55 y 56.

⁵ Con este nombre se designó el territorio comprendido en el actual estado de Nayarit. En el código de la administración española, las tierras del norte formaban el Septentrión de la Nueva España. Se les llamó Provincias Internas o gobernaciones, según fueron delimitadas y separadas de los viejos reinos establecidos en el siglo XVI: Nueva España, Nueva Galicia y Nueva Vizcaya, que se extendía hacia el norte sin término conocido. La Sierra del Nayarit se inscribió dentro del Nuevo Reino de Toledo en la provincia de San José del Nayarit o bien el Nayarit. VELÁSQUEZ, María del Carmen, *Tres estudios sobre las Provincias Internas de Nueva España*. México: El Colegio de México, 1979, p. 87.

⁶ GÓMEZ CANEDO, Lino. «Huicot: antecedentes misionales». En *Estudios de Historia Novohispana*. México: UNAM, 1987, vol. 9, p.107. El mismo fraile refiere que en 1585 los indios del pueblo de Guainamota habían matado al religioso que tenía a su cargo la doctrina de esa comunidad, de ahí su tono de desconfianza hacia ellos.

Pocos lograron acercarse a ellos, los coras rehuían el contacto con los extranjeros; en ocasiones los indios bajaban a los pueblos asentados a los pies de la sierra para intercambiar pieles por sal y otros productos. Después del recorrido del fraile Barrios hubo otros intentos por penetrar en la sierra y alcanzar las comunidades de los coras y huicholes, pero en su mayoría fracasaron. Cuando los nayaritas se percataban de que un grupo de forasteros se internaba en su territorio, montaban guardia en sitios estratégicos para advertir a los intrusos que no eran bien recibidos y que lo mejor que podían hacer era marcharse. Muchos ignoraron el aviso, perdiendo la vida en la sierra, algunos pocos lograron retornar a sus pueblos, donde confirmaban una vez más, el carácter «belicoso» de los serranos.

En el siglo XVIII, la Corona Española incrementó sus esfuerzos por controlar a los indios de la Sierra del Nayarit. En 1722 vieron realizado su objetivo, las tropas españolas lograron dominar a un numeroso grupo de indios que se habían guarnecido en la Mesa del Tonati; este hecho marcó la entrada de los soldados y misioneros en el Nayar.

Conquista, evangelización y pacificación

Para llevar a cabo la evangelización de los indios del Nayarit se fundaron misiones en la sierra: San Juan Peyotan, Jesús María, La Mesa, Guainamota, Santa Teresa, San Pedro Iscatlan y el Rosario,⁷ más un presidio donde residiría la tropa de soldados, San Francisco Xavier de Valero, ubicado en la Mesa del Tonati.

La situación en las misiones de la sierra era mucho más compleja de lo que aparentaba. A pesar de los informes que llegaban a la Audiencia de Guadalajara y a la Corte en España, donde se decía que los nayaritas habían aceptado someterse a los conquistadores y que se adaptaban rápidamente al modelo de vida impuesto por los religiosos, los indios del Nayarit no estaban dispuestos a ceder tan fácilmente su libertad; tenían a su favor la experiencia de doscientos años de resistencia al dominio hispano, un espíritu indómito, destreza en el manejo del arco y flecha, y conocimiento del territorio que habitaban.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, en las misiones de la sierra, los religiosos y soldados descubrieron que los nayaritas continuaban practicando sus ritos y ceremonias ancestrales. Deidades como *Tayaopa* «Nuestro Padre», *Ta-te* «Nuestra Madre», y *Hatsikan* «Nuestro Hermano Mayor» permanecían fuertemente arraigadas, a pesar de los esfuerzos de los misioneros por apartarlos de ellas.

Además del establecimiento de presidios y misiones para pacificar y evangelizar a los indios, se recurrió a la diplomacia, es decir a las promesas de paz por parte de la Corona y sus funcionarios. Este tipo de acciones se llevó a cabo con la ayuda de intermediarios, con sujetos que conocían la lengua que hablaban los indios y tenían contacto con ellos; de esta forma se logró establecer comunicación con los nayaritas

⁷ BUGARIN, José Antonio. *Visita de las Misiones del Nayarit*. México: INI/CEMCA, 1993, p. 47.

y su líder el Tonati, quien viajó hasta la ciudad de México para entrevistarse personalmente con el virrey y exponerle sus necesidades. Sin embargo, este tipo de estrategia no tenía resultados rápidos, por lo que en 1768 el visitador real José de Gálvez proponía practicar una guerra de exterminio contra los indios del norte; tres años más tarde el virrey Antonio María Bucareli sugería tratarlos con «suavidad y maña», buscando la alianza con las tribus hostiles.⁸

Franciscanos y jesuitas

Robert Ricard señala que a mediados del siglo XVI había en toda la Nueva España 802 misioneros: 308 franciscanos, 210 dominicos y 212 agustinos.⁹ En 1572 llegaron los primeros jesuitas a la ciudad de México. La enseñanza de la doctrina cristiana y la prédica del evangelio en la Sierra del Nayar estuvo en manos de dos órdenes: los franciscanos y los jesuitas.

Los franciscanos

Los primeros frailes de esta orden llegaron en 1523 al puerto de Veracruz, de ahí pasaron a la capital de la Nueva España y posteriormente se extendieron por todo el territorio novohispano, estableciendo puestos de avanzada más allá de los sitios donde habían llegado los conquistadores. Su discurso estaba basado en la prédica de San Francisco de Asís, es decir la fraternidad con los seres humanos, los animales y las cosas, así como la pobreza material y la humildad.

En 1531 los franciscanos fundaron su primer convento en la Nueva Galicia: Tetlan, al mismo tiempo que exploraban las tierras del norte. En 1533, fray Juan de Padilla fundó el convento de Zapotlan, y en 1535 fray Francisco Lorenzo el de Etzatlan, que se consideró el camino obligado hacia Nayarit, Durango y Zacatecas.¹⁰

En 1538 los franciscanos continuaron hacia Sinaloa con fray Juan de la Asunción; fray Marcos de Niza y fray Honorato salieron de Tonalá rumbo a Culiacán, para atravesar Sonora y Sinaloa. En 1540 se fundó el convento de Xalisco en Nayarit; en 1542 se instaló fray Miguel de Bolonia en Juchipila al sur de Zacatecas, y ese mismo año se establecieron fundaciones en Autlán, Guadalajara y Tonalá. Cuatro años más tarde fray Jerónimo de Mendoza y otros tres frailes menores se instalaron en la ciudad de Zacatecas; en 1547 se erigió el convento de Amacueca al sudoeste del lago de Chapala, en 1548 el de Chapala, en 1549 el de San Miguel el Grande, en 1550 el de Zacoalco y el de Ahuacatlan en Nayarit, y en 1551 el de Tlajomulco. A partir de 1553

⁸ VELÁSQUEZ, María del Carmen. «La Comandancia General de Provincias Internas». En *Historia de México*. México: Salvat, 1978, vol. 7, p. 1564.

⁹ RICARD, Robert. *La conquista espiritual de la Nueva España*. México: FCE, 1987, p. 159.

¹⁰ En el territorio de la Nueva España fundaron cinco provincias: la de México (1534), Yucatán (1559), Michoacán (1565), Zacatecas (1603) y Jalisco (1606). MUSACCHIO, Andrés León (ed.). *Diccionario Enciclopédico de México*. 1995, p. 663.

los franciscanos recorrieron la Nueva Vizcaya, para seguir en 1556 hacia Durango y Sinaloa.¹¹

La actividad misional en la sierra del Nayarit comenzó a finales del siglo XVI, entre 1580 y 1585; los conventos franciscanos de Xala, Teúl, Xalisco, Guainamota, Senticpac y Acaponeta sirvieron de base para entrar al Nayar. Hacia finales de 1582 y principios de 1583 el fraile Andrés de Medina en compañía de cuatro indios recorrió durante dos meses y medio la sierra del Nayar, logrando establecer contacto con los tzayacuecos, coras, guazamotas y huicholes. En 1585, fray Andrés de Ayala, fundador del convento de Guainamota fue martirizado por los indios del pueblo de Acatlan; sin embargo, los frailes Mariano de Torres y Francisco Martínez de Jesús lo reemplazaron, aunque no por mucho tiempo, pues los nativos se mostraban hostiles.¹²

En el siglo XVII los franciscanos buscaron instalar un convento en la sierra del Nayarit, pues el de Guainamota se encontraba abandonado y destruido a pesar de los esfuerzos de los frailes por permanecer en él. En 1604, fray Francisco de Barrios viajó durante treinta días por las barrancas y montañas de la sierra del Nayarit en compañía de cuatro indios, uno de ellos era nahuatlato; en su recorrido se enteró que los coras tenían un santuario en un sitio llamado la Mesa del Nayar, que ahí veneraban al Tonati, una deidad muy arraigada entre estos grupos. Pese a sus intentos por localizar ese lugar, no logró ubicarlo. Dos años más tarde este fraile fue nombrado comisario de las misiones franciscanas en el Nayar. Fundó en el valle de Guaximic el primer convento de los franciscanos de Jalisco, bajo el patrocinio de San José, aunque los siguientes establecimientos en el Nayarit serían erigidos por los franciscanos de Zacatecas.¹³

Antes de terminar el siglo XVII, fray Miguel de Uranzu, desde el convento de Quiviquinta en la región de Amatlán de Xora, trabajó con los coras y tepehuanes; sin embargo, la rebelión de estos últimos en 1617 destruyó los conventos de Guaxicori y Quiviquinta. Desde Zacatecas, los franciscanos también intentaron ingresar a la sierra del Nayarit, pero fracasaron; tan solo en algunos lugares lograron ejercer control sobre los indios como en los pueblos de Guazamota y San Luis Colotlan, fundados en el siglo XVI, y Santiago Chimaltitlan, San Juan Bautista de Mezquitic, San Sebastián de Tezocuatla, Santo Domingo de Camotlan y Huejuquilla, que se habían establecido recientemente en el siglo XVII.

En 1709 los frailes José de Pedraza, Nicolás Barreto y otros cuatro más recorrieron la sierra durante días, pero no encontraron a los indios; era época de secas y en ese tiempo los nayaritas acostumbraban trasladarse a las barrancas, donde era más sencillo conseguir agua. Dos años después, fray Antonio Margil de Jesús fue invitado por la Audiencia de Guadalajara para que encabezara la conquista definitiva sobre los indios serranos. Margil de Jesús tenía experiencia en el trabajo de evangelización con comunidades aisladas y difíciles; había fundado colegios de Propaganda Fide, como el de la Santa Cruz de Querétaro, Guadalupe en Zacatecas y Cristo Crucificado de

¹¹ RICARD, *op. cit.*, pp. 143-145.

¹² GÓMEZ CANEDO, *op. cit.*, p. 97.

¹³ *Ibidem*, pp. 106-108.

Guatemala; para el caso de los indios de la sierra del Nayarit, propuso una «paz evangélica» en lugar de una conquista armada.

En 1711, Margil de Jesús intentó llevar a cabo su propuesta, se trasladó a la sierra en compañía de algunos indios amigos; intentó acercarse a los poblados de los nayaritas, pero fue rechazado varias veces; solicitó la protección de los soldados, pero todo fue inútil. En 1713 abandonó este proyecto y se dirigió a las misiones del Río Grande y Texas, donde obtuvo éxito en la evangelización y pacificación de estos grupos.

Finalmente, el capitán Juan Flores de San Pedro, en 1722, abrió definitivamente el camino hacia los pueblos de la sierra del Nayarit al derrotar a los coras que se habían refugiado en el santuario de la Mesa del Tonati; después de este asalto, logró que varios jefes nayaes aceptaran la sumisión al Rey de España y el establecimiento de misiones, donde recibirían la instrucción religiosa.¹⁴

A pesar del interés que mostraron los franciscanos por establecer conventos en la sierra del Nayarit y convertir a los indios, fueron los jesuitas quienes llevaron a cabo la evangelización de las comunidades que se encontraban en la sierra. Los franciscanos se hicieron cargo de los pueblos que se asentaban a los pies de las montañas y en la costa, es así como a finales del siglo XVIII se encontraban once frailes repartidos en siete conventos: dos religiosos en Guajijumes, Guainamota, Amatlán y Guaxicori, y uno en Tonalisco, San Blas y Santa Fe.

No obstante sus intentos frustrados por ingresar entre los indios de la sierra, los franciscanos continuaron con su expansión por el norte de la Nueva España. Alcanzaron su mayor influencia después de la expulsión de los jesuitas en 1767. Con la Independencia y la instauración de la Primera República se inició su declinación, que se vio acelerada en 1827 con la expulsión de los españoles de México, ya que un buen número de sus frailes eran extranjeros. Poco después, las Leyes de Reforma afectaron sus propiedades, dictándose su exclaustración; a finales del siglo XIX eran menos de medio centenar.¹⁵

Los jesuitas

La Compañía de Jesús hizo su arribo a la Nueva España en 1572, estableciendo misiones en el noroeste de la Nueva España, es decir, en Sinaloa, Sonora, las Californias y la sierra del Nayarit. Los primeros intentos por acercarse a los grupos que poblaban el Nayar se remontan a 1656 cuando el jesuita Antonio Arias fue nombrado cura doctrinero¹⁶ del pueblo de Acaponeta. Desde un principio el padre Arias se interesó en la evangelización de los nayaritas, por ello hizo varias visitas a la sierra entre 1671

¹⁴ *Ibidem*, pp.111-112 y 124-124.

¹⁵ MUSACCHIO, *op. cit.*, p. 663.

¹⁶ El cura doctrinero era aquel que se encargaba de las doctrinas de indios; para ocupar este puesto debía conocer el idioma que hablaban los nativos del lugar. Antonio Dougnac menciona que fue común que las doctrinas se transformaran en parroquias, según iba pasando el tiempo, aumentando el mestizaje y la civilización. DOUGNAC RODRÍGUEZ, Antonio. *Manual de Historia del Derecho Indiano*. México: UNAM, 1994, p. 298.

y 1672, llegando hasta el río de San Pedro y la ranchería de Saycota, donde encontró varias familias de indios bautizados que habían abandonado los pueblos de misión, regresando a la sierra y a sus antiguas costumbres. El padre Arias los congregó en reducciones,¹⁷ donde algunos indios catequizados le ayudaron a evangelizarlos de nuevo.

A principios del siglo XVIII, el general y hacendado Gregorio Matías de Mendiola organizó una expedición al Nayarit; lo acompañó el jesuita Tomás de Solchaga, quien había sido confesor en el colegio de Durango y hablaba nahuatl. Mendiola tenía contacto con los nayares porque algunos trabajaban sus tierras de la Nueva Vizcaya.

A diferencia del franciscano Margil de Jesús, el padre Solchaga apoyaba el uso de la fuerza contra los nayaritas; decía que estos indios acogían a los delincuentes y a los indígenas fugitivos que atacaban a los pueblos asentados al pie de la sierra y eran un peligro para la paz que intentaban establecer. La tropa al frente de Mendiola llegó a las cercanías de la Mesa del Nayar el 14 de enero de 1716; no lograron convertir a los indios, pero aceptaron en cambio dar obediencia al Rey de España. Solchaga y Mendiola intentaron subir al santuario del Tonati, pero retrocedieron por temor a un ataque de los coras.¹⁸ Esta expedición marcó el inicio de los esfuerzos por conquistar a los nayaritas en el siglo XVIII.

A través de una política de negociación y promesas de paz se logró establecer contacto con algunos de los jefes indios más importantes. En lugar de soldados que hicieran la guerra, las autoridades aprovecharon a individuos como Juan de la Torre Valdés para acercarse a los indios de la sierra. De la Torre era conocido de los nayares porque les compraba pieles y les vendía mercancías cuando bajaban a la villa de Jerez, además de que hablaba su idioma.

La estrategia de utilizar intermediarios tuvo éxito; Juan de la Torre logró convencer a algunos de los principales jefes nayares para viajar a la ciudad de México, entrevistarse con el virrey y pactar una paz duradera. La comitiva llegó a la capital el 21 de febrero de 1721. El jesuita José de Ortega¹⁹ relata que cada jefe ofreció al virrey una flecha en señal de obediencia, a la vez que pedían que los jesuitas fueran a la sierra para bautizarlos y enseñarles la doctrina. Se acordó que los nayaritas regre-

¹⁷ Se refiere a la facultad de reunir y estabilizar («reducir») a las poblaciones indígenas nómadas o seminómadas en centros apropiados —«Reducciones»— administrados por un funcionario español asistido por un capellán. Sus pautas permanentes fueron la evangelización, la segregación y la defensa frente a los encomenderos, la exención de impuestos a los indígenas, la construcción de iglesias, escuelas, hospitales, la vigilancia a nivel local confiada a un superior regional y la coordinación con los misioneros de otros poblados. ARMAN, Alberto. *Ciudad de Dios y Ciudad del Sol. El «Estado» jesuita de los guaraníes (1609-1768)*. México: FCE, 1987, pp. 30 y 171-172.

¹⁸ GÓMEZ CANEDO, *op. cit.*, p.125.

¹⁹ El padre José de Ortega habla de los primeros encuentros entre los españoles y los nayares durante el siglo XVIII, así como de la conquista del Nayarit en 1722 en su obra titulada *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús, escritos por un padre de la misma sagrada religión de su provincia de México*. Este texto fue impreso en 1754 por Pablo Natal y reimpresso hasta 1944 en México por L. Álvarez y Álvarez de la Cadena, en ese mismo año, pero con el título de *Maravillosa reducción y conquista de la Provincia de San Joseph del Gran Nayar*, en la editorial Layac; en 1995 fue nuevamente reeditado por el Colegio de Michoacán.

sarían a sus comunidades para hablar con su gente y en junio esperarían a Juan de la Torre y a los jesuitas al pie de la sierra, para conducirlos al interior de su territorio.

Sin embargo, cuando los nayaritas regresaban a su hogar se les apareció en sueños «el gran dios del Nayar», quien los recriminó por sus tratos con los españoles y el peligro en que estaban poniendo a su nación. En la fecha acordada, Juan de la Torre, el padre Juan Téllez, Antonio Arias y cien hombres más se reunieron en el lugar acordado, pero los jefes nayaritas nunca llegaron. Poco después se enteraron de que los nayares habían suspendido el comercio de la sal con los pueblos de la costa, mientras se retiraban a la Mesa del Tonati, donde se preparaban para resistir a los españoles.

La tropa y los jesuitas se retiraron al pueblo de Peyotan, Juan de la Torre fue sustituido en su puesto por el capitán Juan Flores de San Pedro, con el pretexto de que necesitaba «restablecer su salud». El nuevo capitán llegó a la sierra el 4 de enero de 1722 con setenta soldados, traía la consigna de acabar de una buena vez con la resistencia de los indios, sin importar el precio. Su estrategia para dominar a los indios se basó en la táctica de la guerra a sangre y fuego; dividió al ejército español en dos grupos, una parte sería encabezada por él mismo y la otra por el capitán Nicolás Escobedo. Su principal objetivo era derrotar a los indios atrincherados en la Mesa del Tonati, pues una vez capturado este puesto la conquista de los nayaritas sería más sencilla.

El grupo al mando de Juan Flores subió la cuesta de la Mesa y atacó por sorpresa a los indios; el padre José de Ortega menciona que los nayares huían «descolgándose por los barrancos». El 17 de enero cumplieron su objetivo, los dos ejércitos se reunieron en la cima de la Mesa; cien indios flecheros se dieron a la tarea de buscar a los fugitivos. En un cerro cercano encontraron el templo del sol, donde los indios guardaban los huesos y adornos de Nayeri, un guerrero famoso por su valentía y resistencia. El templo fue incendiado y los objetos que conservaba enviados a la ciudad de México para ser quemados a la vista de todos. De esta manera, el primero de febrero de 1723, en la plaza de San Diego de la capital y ante una gran muchedumbre, fueron llevados en hombros por los reos de la cárcel, los objetos requisados en la conquista del Nayarit: el alfanje del guerrero Tahuitole, la piedra del adoratorio del Sol y los restos de Nayeri, junto con algunos de sus adornos, como flechas, plumas, cuentas y vasijas. Se preparó una gran fogata para que el fuego los consumiera poco a poco.

Ese mismo año, los jesuitas iniciaron su labor de evangelización en la sierra; como primera acción fundaron la misión de la Santísima Trinidad en la Mesa, la de Jesús María junto al río del mismo nombre; en el norte la de Santa Teresa, y entre esta y la Mesa, la de Santa Gertrudis y la de San Francisco de Paula a orillas del río de Jesús María.²⁰

A pesar del triunfo de los españoles en la Mesa del Tonati, los nayaritas se dispersaron en la sierra y buscaron el apoyo de otros grupos. En 1723, había rumores de que los indios tobosos de la Nueva Vizcaya rondaban las fronteras del Nayar. El primero

²⁰ GÓMEZ CANEDO, *op. cit.*, pp. 125-131.

de enero de 1724, los indios del presidio de la Mesa del Tonati, los de la Mesa del Cangrejo, Santa Teresa y Santa Gertrudis abandonaron sus casas y pueblos, tenían una gran sublevación por parte de los nayaritas que se encontraban al margen de las misiones jesuitas. Un grupo de soldados fue emboscado en el pueblo de Santa Gertrudis, donde los rebeldes mataron a varios españoles a flechazos. En los pueblos de Santa Teresa y del Rosario quemaron las iglesias, destruyeron las cruces y los ornamentos.

El ejército compuesto de 500 soldados, 120 escopeteros y 380 indios de arco y flecha salió a aplastar a los rebeldes. Los nayaritas sublevados buscaron refugio en las montañas de la Nueva Vizcaya, pero fueron perseguidos por la tropa hasta Durango. La tropa logró capturar algunos rebeldes, quienes fueron encarcelados en la prisión del pueblo de San Francisco de Ocotán. El padre José de Ortega aceptó que se cometieron muchos abusos contra los indios que se rindieron, que hubo injusticias y que faltó una «mano dura» que pusiera fin a los excesos de los soldados; por ejemplo, el cabo de la prisión donde estaban los rebeldes se hizo famoso por la crueldad con que trató a los indios presos.²¹

Tres años después de la derrota de la Mesa del Tonati, había cinco jesuitas repartidos en el Nayarit, y gran parte de los indios se encontraban asentados en pueblos de misión. Los lugares que habían sido afectados por la rebelión de 1723 se volvieron a ocupar; por ejemplo, los indios de Santa Teresa erigieron una nueva iglesia y los de Santa Gertrudis labraron una cruz de madera «por su propia voluntad».²² El padre Cristóbal de Lauria que visitó las misiones de la sierra en 1727, en su informe menciona que estas se encontraban rodeadas de las fundaciones franciscanas «por el poniente Tonalisco, San Diego y San Juan; entre poniente y norte San Blas y San Buenaventura; en el norte San Francisco de Ocotán; entre el norte y el oriente San Lucas, San Antonio y Guazamota; por el oriente Huejuquilla y San Sebastián, y en el sur Guaximiqui».²³ Para 1738, los jesuitas tenían seis misiones en el Nayarit con varios pueblos de visita.

Finalmente, el 2 de abril de 1767, Carlos III firmó el decreto de expulsión de la Compañía de Jesús de todos los dominios de la Corona Española. En el caso de las posesiones de ultramar, esta medida fue aplicada en los meses siguientes; a mediados de 1767 los jesuitas que trabajaban en la sierra del Nayarit fueron «escortados» hasta el puerto de Veracruz, donde se reunieron con el resto de sus compañeros que venían de las misiones del norte de la Nueva España para embarcarse y retornar a Europa.²⁴ Al momento de la expulsión los jesuitas habían fundado 133 misiones en la Nueva España, 11 seminarios y 25 colegios, además habían elaborado numerosas gramáticas

²¹ ORTEGA, José. *Maravillosa reducción y conquista de la Provincia de San Joseph del Gran Nayar*. México: Layac, 1944, pp. 210-211.

²² *Ibidem*, p. 221.

²³ GÓMEZ CANEDO, *op. cit.*, p. 133.

²⁴ El 29 de mayo de 1815, en plena restauración, el rey Fernando VII de España dictó un decreto para restablecer a la Compañía de Jesús en la península Ibérica. Sin embargo, los jesuitas nunca más pusieron pie en las reducciones o misiones que habían fundado. ARMAN, *op. cit.*, p. 205.

y diccionarios en más de treinta lenguas indígenas, a lo que hay que agregar mapas, crónicas y descripciones de su labor de evangelización. El decreto de Carlos III afectó a 678 jesuitas, de estos 153 eran nacidos en España, 61 en otros lugares de Europa y el resto originarios de la Nueva España. La Compañía de Jesús fue suprimida en 1773 por el Papa Clemente XIV; sin embargo, el 7 de agosto de 1814 fue restablecida por órdenes de Pío VII y un año después regresaron a México.²⁵ La segunda mitad del siglo XIX sería azarosa para los jesuitas; en 1856, bajo el Plan de Ayutla, fue disuelta su orden y ellos enviados al destierro; en 1873 el presidente Sebastián Lerdo de Tejada los condenó nuevamente al destierro y hasta el Plan de Tuxtepec, a finales del siglo XIX, regresaron a nuestro país.

La expulsión dejó numerosos problemas en las misiones que estaban al cuidado de los jesuitas; los indios abandonaron sus pueblos y se resistieron a obedecer a los franciscanos, por ello los frailes enfrentaron dificultades para volver a organizar y restablecer el orden.

Las misiones que tenían los jesuitas en la sierra del Nayarit: Santa Teresa, Jesús María, San Juan Peyotán, San Ignacio de Guainamota, San Pedro Iscatán, El Rosario y la Mesa del Tonati fueron conocidas con el nombre del «Nayarit Nuevo». Las tres misiones que administraban los franciscanos en los bordes occidentales del Nayarit: San Blas, Santa Fe y Tonalisco se conocieron con el nombre del «Nayarit Viejo»; con la expulsión de los jesuitas se fusionaron en una sola unidad jurisdiccional a cargo de la Provincia Franciscana de Jalisco.²⁶

De esta manera, un año después de la expulsión de los jesuitas, la provincia del Nayarit estaba integrada por diez misiones a cargo de los frailes franciscanos. Las que tenían mayor número de habitantes eran las de Jesús María con 392 hombres y 353 mujeres, San Blas con 265 hombres y 269 mujeres, Santa Teresa con 200 hombres y 204 mujeres, la Mesa con 173 hombres y 194 mujeres, y la del Rosario con 184 hombres y 156 mujeres; le seguían en tamaño de población la de Iscatán con 145 hombres y 121 mujeres, la de Guainamota con 130 hombres y 120 mujeres, la de Santa Fe con 97 hombres y 91 mujeres, Peyotán con 77 hombres y 63 mujeres, y la más pequeña era la de Tonalisco con 38 hombres y 37 mujeres.²⁷

A finales de 1793, las noticias que se tenían sobre las misiones del Nayarit que se encontraban al cuidado de los franciscanos no eran muy halagadoras. Se decía que, además de la penuria y pobreza en que vivían los indios, en el aspecto espiritual estos no habían experimentado progresos debido a su rebeldía; se mencionaba que los frailes no tenían la autoridad de sus antecesores —los jesuitas— para sujetarlos, lo que se reflejaba en la decadencia de la zona.²⁸ La vida en las misiones del Nayarit continuaba plagada de continuos sobresaltos para quienes intentaban pacificarla y evangelizarla,

²⁵ MUSACCHIO, *op. cit.*, p. 953.

²⁶ GÓMEZ CANEDO, *op. cit.*, p. 134.

²⁷ Archivo General de la Nación (en adelante AGN), vol. 5, exp. 13, f. 369.

²⁸ AGN, Provincias Internas, vol. 5, exp. 13, f. 370.

a pesar de los esfuerzos de los franciscanos, los nayaritas conservaban sus ritos y el culto a sus antiguos dioses.

Métodos de pacificación y evangelización

Los jesuitas y los franciscanos emplearon métodos similares para evangelizar y pacificar a los indios de la sierra del Nayarit, en numerosas ocasiones se sirvieron de los indígenas que ya habían sido adoctrinados y bautizados para que sirvieran de ejemplo en los pueblos de misión que iban fundando; grupos como los tlaxcaltecas, los purépechas, otomíes y pames de la Huasteca Potosina fueron sus aliados.²⁹ Familias completas se trasladaron a las misiones y presidios del norte; se pensaba que su estilo de vida sedentario, basado en el cultivo del maíz, convencería a los grupos del norte para asentarse en las misiones y aceptar la religión católica.

Con la ayuda de los indios aliados se establecieron muchas fundaciones en el norte de la Nueva España; por ejemplo, en 1700, fray Diego de Sanbuenaventura y Salazar solicitó tlaxcaltecas del pueblo de San Esteban del Saltillo para la reducción y enseñanza de los indios recién convertidos de Coahuila y del Nuevo Reino de León.³⁰ Además, el fraile pidió a la Corona que a cada familia de tlaxcaltecas se le dieran cincuenta pesos para el transporte, la compra de bueyes, herramientas de labranza (hachas, azadones, sierras y azuelas), y que se les dotara de tierras para la siembra y cría de ganado.

De estos grupos de «indios amigos» se formaron las tropas de flecheros que acompañaron a los frailes y a las tropas de soldados durante sus incursiones por la sierra; en los pueblos de frontera y en los presidios repelieron los ataques de grupos que se mantenían al margen como los apaches, coras, seris y yaquis. En la provincia de San José del Nayarit algunas de las comunidades, asentadas a los pies de las montañas, destacaron por sus tropas de flecheros y sus servicios a la Corona en la guerra contra los coras, por ejemplo, Huejuquilla, Santa María de los Angeles del Teúl, Colotlan y Juchipila. El pueblo de Colotlan se formó con familias de indios tlaxcaltecas; el que se les considerada «indios amigos», les concedía algunos privilegios como la exención en el pago de alcabala y tributos al rey, además de poder andar a caballo y portar armas (arco, flecha y cuchillo).³¹

Las estrategias para acercarse a los grupos indios que se refugiaban en las montañas del Nayarit fueron diversas, algunas de tolerancia y permisividad, otras basadas en la idea de la represión y el exterminio; su aplicación dependió en gran medida del fraile encargado de la misión. Tanto los jesuitas como los franciscanos utilizaron una u

²⁹ VALDÉZ, Carlos Manuel. *La gente del Mezquite. Los nómadas del noroeste en la colonia*. México: CIESAS/INI, 1995, p. 163.

³⁰ AGN, Provincias Internas, vol. 28, exp. 1, f. 1v.

³¹ Archivo de Fondos Especiales de la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco (en adelante AFEBPEJ), Inventario del Archivo de Guadalajara, Ramo Judicial-Civil, 83, 3, 922, Parras, 1726, f. 2.

otra estrategia. En los años que estuvieron los jesuitas a cargo de las misiones de la sierra se logró cierto control sobre los indios, pero a cambio de una gran represión y mano dura contra los reticentes. El caso del pueblo cora de Dolores es bastante ilustrativo; allí se descubrió que sus habitantes conservaban sus antiguas costumbres y veneraban a sus dioses, y entre los ancianos se rumoraba que algunos eran guardianes de ídolos y que los ocultaban en las cuevas. Tras una inspección en la zona se descubrió que los rumores eran ciertos por lo que los jesuitas y el comandante del presidio decidieron arrasar el pueblo de los Dolores, reacomodando a sus moradores en otras misiones.

El 21 de mayo de 1755, el padre Francisco Xavier González y Bartolomé Bol sacaron de la iglesia la imagen de la virgen de los Dolores y procedieron a prender fuego al templo y a las casas de los indios, y después regaron con sal el terreno para que nada creciera allí. De las cuarenta y ocho familias que habitaban la misión, cuarenta se repartieron en los pueblos de Iscatan, la Mesa, Peyotlan, Santa Teresa y Nuestra Señora del Rosario, las otras ocho huyeron a la sierra.³²

Uno de los comandantes que estuvo al frente del presidio de la Mesa del Tonati criticó la actitud de los franciscanos y jesuitas hacia los indios de la sierra y el trato que les daban en las misiones, por este motivo fue removido de su cargo. Manuel Montes de Oca decía que era mejor tener una política conciliadora que la represión y persecución que se había llevado hasta ese momento; consideraba que el trato que recibían los indios de las misiones era peor que el de los esclavos en Berbería, ya que se les obliga a trabajar sin recibir un salario y los tributos a la Iglesia eran una merma constante para sus comunidades; las labores gratuitas para la misión eran muchas y pesadas. Los jesuitas acusaron a Montes de Oca de que les revisaba su correspondencia y que les ponía obstáculos para adoctrinar a los indios; los franciscanos le recriminaron que no mostraba el menor interés en ejercer control sobre los nayaritas, y que su política era demasiado laxa. Montes de Oca escribió a las autoridades para informales que la conducta de los frailes, que sustituyeron a los jesuitas en las misiones de la sierra, era muy dura, y que no mostraban el menor aprecio por los nativos. Había que recordarles que tenían dominio temporal sobre ellos, que no eran sus esclavos, y que si los necesitaban para trabajar en sus casas como sirvientes, tendrían que pagarles.³³

Para terminar

La evangelización en la Sierra del Nayar no se completó a pesar de los esfuerzos realizados por los jesuitas y los franciscanos. Durante los últimos años del siglo XVIII los procesos contra la idolatría de los indios continuaron presentándose una y otra vez.

³² AFEBPEJ, Fondo Franciscano, vol. 50, t. 2, s/f.

³³ AGN, Provincias Internas, 127, 1, f. 30.

La expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús de las misiones del Nayarit no provocó tumultos ni demostraciones de violencia entre los pueblos de indios, como sucedió en Pátzcuaro o San Luis de La Paz donde la muchedumbre se volcó en las calles, para protestar contra las autoridades que escoltarían a los jesuitas hasta el puerto de Veracruz. En la sierra los nayaritas aprovecharon este momento para reafirmar su identidad; es decir, sus ceremonias, mitotes y ofrendas a los dioses se pudieron realizar con mayor libertad, hasta la llegada de los franciscanos.

La actitud de las autoridades para reprimir y controlar a los nayaritas también se modificó, principalmente en los últimos años del siglo XVIII, cuando el obispo fray Antonio Alcalde asumió el control de la Iglesia en la Nueva Galicia. A partir de 1796 la política contra los indios gentiles y apóstatas se suavizó, los castigos corporales y la deportación de sus pueblos y lugares de origen para los que practicaban la idolatría fueron más leves. Durante estos años, para los casos que fueron descubiertos en la sierra, se utilizó la amonestación pública, después de haber sido recluidos durante un tiempo en sus pueblos de misión, con la condición de asistir diariamente a misa y a la doctrina. El obispo Alcalde tenía una visión más indulgente, en su correspondencia muestra una mayor comprensión hacia la problemática de la evangelización en el Nayarit. Hace especial énfasis a los frailes de estas comunidades, que deben tener paciencia y tratar de entender a los otros ya que es difícil romper con una tradición tan arraigada y con tantos años de resistencia.

Los franciscanos continuaron a cargo de las misiones de la sierra hasta los últimos años del siglo XIX, aunque se vieron afectados por las luchas independentistas. Con la promulgación de las Leyes de Reforma, la orden tuvo que abandonar sus pueblos del Nayarit. Regresaron a la sierra en 1953, donde fundaron la misión de Santa Clara entre los huicholes. En 1962 les fue encomendada la Prelatura de Jesús María del Nayar, para atender las necesidades de los indios que habitaban la Sierra Madre Occidental: coras, huicholes y tepehuanes. En 1975 tenían doce puestos misionales, cuatro en la zona huichol, tres en la zona cora, dos en la tepehuana y tres de mestizos (Huajicori, Huazamota y San Rafael en Nayarit).

Actualmente la tensión entre las comunidades indígenas y los frailes continúa. Recientemente los franciscanos fueron «invitados» por los huicholes a dejar la sierra. A esto hay que agregar los problemas de tierras entre ganaderos y las comunidades indias, la explotación irracional del bosque por parte de los talamontes y la indefinición de límites entre los estados de Jalisco y Nayarit que afecta a las comunidades.